

El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)

Ernesto Bohoslavsky

En este texto se ensayará (la elección del verbo no es casual) un esfuerzo en el sentido de conocer mejor algunos de los rasgos que tuvo la derecha en Argentina entre 1930 y 1983, aunque quizás algunas de las ideas aquí contenidas puedan tener alguna utilidad para los períodos inmediatamente anterior o posterior¹. Estas ideas son el resultado de un ejercicio comparativo entre los actores de derecha en Argentina, Brasil y Chile en el período que va desde la crisis del régimen republicano liberal en la década de 1930, hasta las últimas dictaduras cívico-militares. Un ejercicio comparativo como el señalado ha permitido poner de manifiesto algunas tendencias y periodizaciones comunes del ABC y otras que, por el contrario, singularizan las experiencias históricas nacionales.

El recorrido de este artículo comienza con una presentación de las razones por las cuales se optó por la metodología de la historia comparativa para abordar este problema. A continuación se ofrece una rápida caracterización de los grupos que compusieron las tradiciones derechistas en Argentina en el medio siglo posterior al derrocamiento de Yrigoyen. Luego se señalan y critican algunas de las explicaciones que se han ofrecido sobre los rasgos (o la falta de rasgos) de esas derechas en ese período, especialmente sobre la debilidad de las fuerzas partidarias de la derecha liberal-conservadora. Finalmente, se ofrecen algunas ideas e interrogantes para seguir pensando sobre el particular.

El lector de estas líneas debe saber de antemano que éstas fueron redactadas para un taller, con el ánimo exclusivo de ponerlas en discusión para testear su viabilidad y capacidad para explicar. De allí el carácter todavía inicial de buena parte de las argumentaciones, el espíritu tentativo y dubitativo con que aparecen algunas afirmaciones y, por último, el hecho de que todo tenga la forma de un *work in progress*. Este taller de discusión sobre las derechas en el Cono Sur tenía la misión, precisamente, de mostrar las herramientas usadas, perfeccionarlas y criticarlas; y de tantear nuevos caminos.

Una historiografía comparativa

¹ Quisiera agradecer a los participantes en el Taller de discusión "Las derechas en el Cono Sur, siglo XX" por sus generosos y fructíferos comentarios. Todas las traducciones aquí incluidas son de mi responsabilidad.

Parece haber consenso en que la figura que marcó un antes y un después en el desarrollo de la historia comparada fue Marc Bloch, quien con diversos artículos, conferencias y sobre todo con *Les rois thaumaturges* de 1924, indicó un camino a seguir (Bohoslavsky, 2008). Está también claro que la propuesta blochiana obedece en buena medida al contexto de la primera posguerra, momento en el cual habían quedado evidenciadas las consecuencias nefastas de una educación y una historiografía nacionalista, dedicadas durante décadas a exaltar la originalidad de la cultura nacional. Bloch, por el contrario, llamaba la atención sobre los orígenes comunes de las sociedades feudales europeo-occidentales, sobre lo circunstancial de sus fronteras y sobre sus préstamos e influencias mutuas. Ello le permitiría, entendía, desechar las pseudo-explicaciones localistas y atender más a la herencia compartida que seguir insistiendo en las particularidades nacionales (Barros, 2007). La Edad Media parecía un campo más propicio para aplicar esta apuesta por la historia comparada, dado que no existían las naciones, la cristiandad actuaba como una gran cosmovisión más allá de las divisiones políticas y las fronteras administrativas no coincidían con las señoriales ni con las curiales (Prado, 2005:16).

Pero la historia comparada no sólo era considerada políticamente más constructiva y fortalecedora de una perspectiva pacifista, sino que se la creía más científica, puesto que huía del hecho único y de la descripción: en ese sentido, la tradición *annaliste* retomaba la idea promovida por Durkheim de que la comparación podía actuar como un método indirecto de experimentación para las disciplinas sociales, incrementando su nivel de cientificidad y de explicación (Theml y Bustamante, 2007). Y si bien la apuesta de Bloch por una historia comparada puede pecar de ser más un estilo de pensamiento que una propuesta metodológica como han señalado algunos de sus críticos, permanece en el centro de su enfoque la gran intuición que expuso en 1934: no basta con que dos sociedades sean vecinas en el tiempo o en el espacio para constituir un tema de investigación. El único centro posible para una investigación comparada es tener definido un problema común (Prado, 2005:18). De allí la otra conclusión que se deriva: el carácter construido y selectivo del problema a estudiar y de las fuentes con las que se lo enfrentará. Como método, a lo que invita el enfoque comparativo es a que los investigadores se asuman como sujetos en relación a objetos de interés, que no existen como tales antes de esa elección (Barros, 2007; Theml y Bustamante, 2007:16).

Esta estrategia tiene implícita una naturaleza deconstructiva dado que desnaturaliza aquello que el sistema educativo y una "historiografía del ombligo" han tendido a naturalizar y a extirparle su historicidad. En ese sentido, la comparación ofrece un mecanismo de control para la construcción y verificación de hipótesis y generalizaciones, al paso que quita del centro la escala

nacional (Theml y Bustamante, 2007). Los caminos históricos nacionales pierden su carácter inevitable y auto-evidente, como ha mostrado Kocka:

“Uno descubre que el caso con el que uno está más familiarizado es sólo una posibilidad dentro de otras. Frecuentemente los historiadores están relativamente concentrados en la historia de su país o región. Debido a eso, la comparación puede tener un efecto desprovincializador, liberador, que abre los ojos, con consecuencias para la atmósfera y el estilo de la profesión. Esta es una contribución de la comparación que no debería ser subestimada ni siquiera hoy” (Kocka, 2003:41).

Después de la Segunda Guerra Mundial la historia comparada creció como disciplina, alimentada en buena medida por dos tendencias: el avance de las metodologías basadas en la cuantificación y la asimilación de la historia al resto de las ciencias sociales. Por ello el desarrollo de amplios ejercicios comparativos, de gran escala espacial y temporal (Moore Jr., 1967; Tilly, 1984; 1990; 1993; 2003). Pero en las últimas dos décadas la práctica de la historia comparada se ha visto desafiada por un nuevo contexto geopolítico, proveniente de la globalización de los flujos financieros, migratorios y comerciales. La idea de que hay un solo planeta interconectado reemplazó a nociones anteriores, que daban cuenta de la existencia de mundos paralelos, desconectados y cerrados. La caída del bloque soviético llevó a profundizar la mirada sobre las historias transnacionales, sobre las mutuas influencias y percepciones entre distintos lugares del orbe, sobre los intercambios, las redes y las conexiones. Las *entangled histories*, las *histoires croisées* o las *connected histories* de Serge Gruzinski plantean la necesidad de abandonar el modelo comparativo porque cosifica y aísla a los elementos y procesos analizados, generando una división que en la realidad no era reconocida por los contemporáneos (Gruzinski, 2004). Es decir, la historia comparada –esta es la crítica– congelaría e invisibilizaría aquellos lazos y vínculos que acercaban a distintas sociedades de formas no necesariamente simétricas. Por aislar a sus casos, el enfoque comparado no puede ver las conexiones ni el mestizaje (Prado, 2005:28). No parece haber acuerdo en que conexión y comparación están tan alejadas metodológicamente como para no tener diálogos ni áreas de enorme complementariedad más que de confrontación. Como expresó Jürgen Kocka (2003:44), “no es necesario elegir entre *histoire comparée* y la *histoire croisée*. El objetivo es combinarlas”.

Una estrategia comparativa no apunta a acumular historias nacionales y ponerlas unas junto a otras: es decir, no es una cuestión de sumar distintos estudios de caso de un fenómeno más general para que aparezca una verdad “general” y abstracta o una tipología (Prado, 2005:23), que deberían compartir todos esos casos si no quieren ser considerados aberrantes. Más bien pienso a la estrategia comparativa como aquella que permite mirar uno o varios casos, a la luz de un

tercero. Es decir, la historia comparativa es útil para saber por qué tal experiencia fue distinta a otra, por qué allí sucedió y aquí no. Como expuso recientemente un historiador brasileño, la historia comparada permite la “iluminación recíproca” de dos realidades confrontadas,

“de manera que los trazos fundamentales de uno pongan en relieve a los aspectos del otro, percibiendo las ausencias de elementos en uno y otro, las modificaciones en la intensidad y los elementos compartidos. Si los sujetos de la comparación son dinámicos, será posible percibir si los elementos recortados van en alguna dirección en particular, si tienen algún padrón de transformaciones a lo largo del tiempo, si se influyen y se transforman uno sobre el otro (Barros, 2007).

La comparación inserta de manera irreversible la pregunta acerca de por qué aquí ocurrió tal cosa y por qué allí no. Se puede tomar el ejemplo que interesa en este texto como preguntar por qué la fractura territorial fue relevante al momento de articular la oposición derechista a Vargas en las décadas de 1930 y de 1950, pero no para integrar la oposición a Ibáñez en Chile o a Perón en Argentina. En estos dos países la dimensión territorial de la política no encontró mayor traducción al eje populismo/antipopulismo, independientemente de que en algunas provincias era posible detectar una oposición más fuerte, como pudo ser el caso de la ciudad de Buenos Aires o de la provincia de Córdoba. Para la década de 1950 no había en Argentina o en Chile nada discutible entre las elites en materia de distribución territorial del poder: no pasaba por la cabeza de ninguna agrupación política relevante la promoción de un orden territorial que, *de facto*, pudiera descansar en algo que no fuera la primacía absoluta de las áreas metropolitanas de cada uno de esos países. De esta manera, un acercamiento comparativo va fijando una agenda de preguntas acerca de las diferencias: la ausencia o la intensidad de las fracturas territoriales no puede pasar desapercibida sino que requiere una mayor preocupación analítica.

Las derechas en el ABC, 1945-1976

Un rápido resumen de la vida histórica de las derechas en el ABC entre 1930 y las últimas dictaduras muestra rasgos diferenciadores. Uno de ellos es que en Brasil y Chile hubo partidos liberal-conservadores de buena *performance* electoral y con fuerte raigambre territorial. En ambos casos se trataba de partidos que manifestaron su decisión de participar de los procesos electorales como medio excluyente de acceso al poder. Sólo ocasionalmente, en el caso de Brasil, figuras de la derecha recurrieron a las Fuerzas Armadas –o algunos de sus hombres encumbrados– para deponer a los gobernantes. Estos partidos se caracterizaron también por su continuidad en el tiempo (un siglo en el caso de Chile, dos décadas en Brasil) y porque lograron

desarrollar y sostener una organización de alcance nacional. Por último, otro rasgo que parecían compartir era el hecho de que se enfrentaban a partidos o coaliciones de izquierda (sea de inspiración marxista o populista) igualmente poderosas, frente a las que debieron desplegar múltiples y esforzadas estrategias para obtener resultados electorales, parlamentarios e ideológicos favorables al statu quo, o al menos que retrasaran o morigeraran los cambios (Benevides, 1981; Correa Sutil, 1989; 2005).

En el caso de Chile, se trataba de partidos que los podemos considerar de derecha en el sentido que se llamaban a sí mismos como tales y que eran identificados por otros actores del sistema de partidos como propios de ese sector del arco político. Al hablar de derecha me refiero al Partido Liberal y al Partido Conservador, ambos surgidos a mediados del siglo XIX, y detentadores exclusivos del Poder Ejecutivo desde entonces y hasta 1938. Liberales y conservadores impusieron su candidato presidencial en 1958, apoyaron a Eduardo Frei, el candidato demócrata-cristiano ganador en 1964 y estuvieron muy cerca de derrotar a Salvador Allende en las elecciones de 1970. Junto a este gran tronco liberal-conservador hay que agregar otras “tiendas” políticas como se denominaba en la época, también dentro de la familia de las derechas, pero notablemente menos longevos en el tiempo e ideológicamente más radicalizados, como fue el caso del Partido Agrario-Laborista o de las voces más extremas del nacionalismo y el anticomunismo (Garay Vera y Medina, 2008; Valdivia Ortiz de Zárate, 1995a; 1995b).

En Brasil es menester recortar el período de una manera distinta, puesto que el país no manifestó la estabilidad institucional que se puede encontrar en Chile entre 1932 y 1973, medio siglo en el cual no hubo interrupciones de gobiernos democráticos. En Brasil esta etapa podría dividirse en dos: por un lado aquella que comprende la revolución de 1930, la primera presidencia de Getúlio Vargas y la dictadura del *Estado Novo*, (1937-1945), y por el otro lado, la nueva república, que extendió su vida entre 1945 y el golpe de Estado de 1964. En esta segunda etapa por primera vez existieron partidos conservadores y liberales de alcance nacional, dado que hasta 1930 habían predominado los partidos estaduais, generalmente auto-denominados “republicanos”. El condicionamiento de la nueva legislación electoral, aprobada en 1945, obligó a los partidos a organizarse en varios Estados de manera simultánea, a adoptar un único programa y a ramificar territorialmente su organización. Así, la União Democrática Nacional (UDN), el partido más virulentamente anti-varguista, y el Partido Social Democrático (PSD), el partido de los interventores y altos funcionarios varguistas, constituyeron los dos partidos más relevantes de la derecha en este período. El PSD obtuvo la presidencia de Brasil en 1945 y 1955 y apoyó a Vargas cuando triunfó en 1950. La UDN apoyó al candidato ganador de la presidencia en 1960, Jânio Quadros, y poseyó varias gobernaciones y una nada despreciable presencia parlamentaria.

En cambio, cuando se presta atención al caso argentino lo que se encuentra es un panorama bastante distinto en términos de institucionalidad política, puesto que, durante el período que va de 1930 a 1983 ningún partido auto-identificado con la derecha o unánimemente reconocido por sus adversarios como de derecha, pudo ganar elecciones presidenciales u obtener alta representación parlamentaria sin recurrir al fraude. De hecho, no es descabellado sostener que incluso antes de 1930 ningún partido con los rasgos arriba mencionados consiguió triunfar en las urnas mientras hubo un régimen electoral limpio y sin proscripciones, esto es, entre 1912 y 1930. Desde entonces, los triunfos de partidos o de coaliciones que podríamos identificar con la derecha conservadora han estado directamente vinculados a la persecución o la proscripción de los partidos que recogían el grueso de las simpatías populares, sea el radicalismo en la década de 1930 o el peronismo entre 1955 y 1973. No hay nada comparable al poder electoral de los conservadores chilenos o de la UDN brasileña. De hecho, parecería que los actores de derecha en Argentina mostraron más interés por sumarse a alianzas electorales potencialmente exitosas que en formar un partido propio.

Pero, ¿cuáles eran las caras de la derecha en el medio siglo posterior al golpe de Estado liderado por Uriburu? Por un lado, encontramos una tradición ideológica nacionalista, católica y antiliberal, cuyo punto de origen se suele ubicar en la publicación *La Nueva República* (en 1927) o quizás en el diario *La Fronda* desde 1919 (Tato, 2004), y que en la fecha encuentra perfecta continuidad en la revista *Cabildo* (Saborido, 2004). Esta tradición se caracteriza por un conjunto de particularidades ideológicas, así como algunos rasgos organizativos propios. Entre las primeras hay que anotar su catolicismo integrista, su repudio al liberalismo y al izquierdismo así como su profunda convicción de que la identidad argentina descansa en el legado hispano-católico del cual las Fuerzas Armadas deben ser custodios y garantes naturales (Buchrucker, 1987). Estos grupos se mostraron limitados en su capacidad para movilizar a contingentes significativos de la población, quizás por su intolerancia ideológica, su autoritarismo y su sectarismo, pero ello no impidió que obtuvieran algunas notables repercusiones ideológicas (por ejemplo en la imposición de un sentido común histórico “revisionista”) y que varios de sus miembros participaran de gabinetes de gobiernos democráticos y dictatoriales. Su punto de identificación era, según se ha postulado, una común forma de caracterizar al enemigo como un eterno conspirador contra la Argentina, su religión, su economía y su territorio (Lvovich, 2003; 2006).

Los grupos vinculados a un nacionalismo autoritario, filo-fascista y católico se dividieron frente al fenómeno peronista: hubo quienes ingresaron decididamente en el nuevo movimiento, como el padre Virgilio Filippo, pero también otros como los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, que se mantuvieron muy alejados y críticos (Piñeiro, 1997). Muchos nacionalistas creyeron encontrar

en el régimen peronista algo parecido a lo que venían reclamando desde inicios de la década de 1930, esto es, una combinación de promoción del bienestar social de las masas, política exterior independiente, organización corporativa de las relaciones entre capital y trabajo, patronazgo católico de la educación y rechazo ideológico al liberalismo, al comunismo, al imperialismo y a la “oligarquía”. Sin embargo, recelaban del personalismo de Perón, de un uso y combinación pragmática y flexible de las ideas, de una relación demasiado directa con las masas, de la corrupción, de los acuerdos firmados con empresas petroleras a finales del mandato y del peso que tenía Eva Duarte en el palacio presidencial y en las decisiones oficiales (Walter, 2001). Es evidente que Perón se sirvió de muchas de las ideas y hombres del nacionalismo católico argentino, pero dejó de lado otras nociones que le resultaban incómodas, innecesarias o “piantavotos” (Spektorowski, 2003). En todo caso, la larga alianza de Perón y la Iglesia facilitó el ingreso de nacionalistas católicos a órganos del Estado, pero el agrio conflicto que posteriormente se desató entre el presidente y la cúpula eclesiástica en 1954 le alienó al régimen sus apoyos más decididamente católicos.

Esta tradición ideológica fue la más influyente de las caras de la derecha argentina entre mediados de la década de 1960 y 1975, enfrentada en varios puntos con la emergente tradición neoliberal y sobre todo con los actores enrolados en caminos reformistas o revolucionarios en el país. Algunos de esos grupos de derecha antiliberal expresaban un punto de vista muy reaccionario sobre la activación de las masas como la Guardia Restauradora Nacionalista, pero otros hicieron un recorrido que los condujo al peronismo revolucionario y la admiración por la revolución cubana (Galván, 2008; Padrón 2005; 2007). Su rechazo a la economía de mercado sin regulación, su fortísima impronta de catolicismo integrista y la promoción del hispanismo (en el sentido franquista del término) los acercaba a las corrientes nacionalistas de la década de 1930 y 1940 más de lo que admitían (Lvovich, 2006). En términos de presencia dentro del Estado, los hombres provenientes de estas tradiciones podían encontrarse en las áreas “políticas” como el Ministerio del Interior y el de Relaciones Exteriores. Asimismo, dado su interés en orientar la cultura argentina según una serie de valores tradicionales, era frecuente también hallarlos en las áreas educativas (Lewis, 2001). Esta corriente de ideas apoyaba la creación de una economía más bien cerrada y de una sociedad re-cristianizada y organizada políticamente a través de acuerdos corporativos de cúpula, entre los que incluían con insistencia a los jefes sindicales peronistas.

En segundo lugar, se debe señalar a la tradición liberal. Después de 1955 emergieron figuras derechistas en Argentina, de inspiración liberal y empresaria, comparable con el perfil del Partido Liberal y la figura de Jorge Alessandri en Chile (Senkman, 1989; 2001), pero que no constituyeron

un partido orgánico de derecha. Se mantuvo emergente hasta mediados de la década de 1970, momento en el que se consolidó en el centro del escenario político e ideológico, desplazando a las tradiciones nacionalistas y católicas con las que había tanto competido como colaborado mientras estuvo en la oposición o en distintos gabinetes. Sobre este punto se concentra el artículo de Sergio Morresi incluido en este libro. Esta corriente encontró espacio en gobiernos democráticos y dictatoriales, especialmente en el Ministerio de Economía, la Secretaría de Agricultura y el Banco Central. En su promoción de un capitalismo autoritario, entendían que la garantía de la libertad económica era la obligación del Estado, y que esa libertad debía tener prioridad por sobre otras. De allí la justificación que ofrecían de los regímenes de participación política restringida o nula (sea a través del autoritarismo o del voto calificado). La convicción de que sólo las economías de mercado y la presencia de inversiones extranjeras podían asegurar el crecimiento impulsaba a estos ideólogos a la promoción de la libre empresa y la desregulación (selectiva). Esta corriente entendía que el grueso de las decisiones tenía que ser potestad de tecnócratas, principalmente economistas, que debían quedar liberados de las presiones espurias provenientes del mundo de la política y de los intereses sectoriales organizados (eufemismo para sindicatos). República sí, democracia no, podría ser la síntesis de esta ideología neoliberal (Morresi, 2008:41-46).

En esta corriente hay que incorporar a cámaras y confederaciones empresariales como la Sociedad Rural Argentina, la Unión Industrial Argentina y las asociaciones de bancos privados. En todos los casos, se trata de instituciones que han defendido sistemáticamente principios liberales en el campo económico, pero junto con maniobras destinadas a evitar que la entrada de reformas liberales afectara a ventajas particulares en el mercado local. Es decir, se trataba de una aceptación general del liberalismo económico, entendido como rechazo a la intervención "asfixiante" del Estado, compatible con un conjunto de protecciones particulares a determinados actores y áreas de la economía. En todo caso, ese liberalismo económico era compatible con la aceptación –y a veces promoción– de regímenes autoritarios o dictatoriales.

Según Leonardo Senkman (2001), a esos actores cabría sumar en el período que va desde 1955 a 1976 al sindicalismo peronista como la tercera cara de la derecha argentina. Con esto se refiere a la estructura de sindicatos y confederaciones que se creó bajo el régimen peronista y cuya fuerza y capacidad de presión política los posteriores gobiernos no quisieron, pudieron o supieron modificar. Estos actores, amén de su capacidad para representar de manera corporativa a los trabajadores sindicalizados, actuaban también como representantes sociales de un partido político, el peronista, que estuvo proscripto durante 18 años. Su organicismo, su exaltación de la disciplina política y la verticalidad, sus vínculos con el nacionalismo católico y su anticomunismo son señalados como elementos que permiten asociar a estos actores sindicales con la derecha.

En este panorama se debe mencionar también a otros dos actores relevantes del período 1930-1983, que tuvieron algún tipo de vinculación con las derechas argentinas. Por un lado, la Iglesia católica, que hasta mediados o fines de la década de 1960 se mostró monolíticamente conservadora, pero también dispuesta a avalar a sus miembros partidarios del catolicismo más integrista. Su seguidismo del Vaticano, su desprecio por el pluralismo político, su propagación de la asimilación de la Argentina con la herencia hispana-católica y su simpatía con el franquismo, son elementos que nos ayudan a entender su anclaje en la derecha antiliberal (Di Stefano y Zanatta, 2000). Este panorama se empezó a modificar, como se expuso, a consecuencia de los efectos del Concilio Vaticano II, y quizás un poco antes, como resultado de las relecturas que se produjeron entre los católicos sobre el peronismo tras su caída (Zanca, 2006). Lo que se produjo entonces fue exactamente el escenario más detestado por la cúpula eclesiástica: la exposición pública de querellas y antagonismos entre miembros legítimos de la Iglesia, tal como se expresó bajo la dictadura del general Juan Carlos Onganía y el surgimiento del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. El otro actor al que quizás se puede incluir dentro de la derecha son algunos grandes medios periodísticos, como *La Nación* o *La Prensa*, campeones del liberalismo económico y del republicanismo, amén de convencidos no sólo de hablarle a la elite sino de la legitimidad de la existencia y predominio de esa elite (para una idea contraria, véase el texto de Sabrina Ajmechet en este libro). Así, tanto *La Nación* como *La Prensa* se caracterizaban por su tendencia a mirar la política sin usar perspectivas partisanas, pero siempre muy cercanas a las que tenían los sectores económicamente dominantes del país (Nállim, 2010; Sidicaro, 1993)

Pensar la ausencia

¿Cómo entender, cómo explicar la debilidad de los partidos de derecha liberal en Argentina a lo largo del siglo XX, siendo que se ha convertido en un sentido común historiográfico la idea de que el horizonte liberal decimonónico tuvo una larga sombra (Devoto, 2002), o de que Argentina fue un “*country born liberal*” (Halperin Donghi, 1988)? Lo primero que hay que hacer es exiliar toda pretensión normativista, es decir, suponer que hay alguna ley histórica que manda a que exista un partido liberal y que ese partido liberal gane elecciones cada tanto. Interpretar por qué no existió un partido con esas características no supone que debería haber existido, sino que hay allí un problema historiográfico que asoma gracias al efecto de la comparación con Brasil y Chile. Además, es un interrogante que se puede formular una vez que se haya avanzado en el reconocimiento de lo que sí existió, esto es, qué actores y corrientes de ideas es posible identificar entre las derechas argentinas.

De hecho, la idea de la ausencia de un partido de derecha en Argentina ha sido usada largamente como clave explicativa de distintos problemas nacionales del siglo XX como la recurrencia de los golpes de Estado, la inestabilidad política, la incapacidad para pactar modelos de crecimiento y los fuertes vínculos de la derecha con una extrema derecha dispuesta a recurrir a la violencia política y racista. A la hora de plantear las razones del escaso éxito político y electoral de los partidos liberales y conservadores, se encuentran argumentos centrados en dos aspectos: la ausencia de voluntad o la ausencia de capacidad (soy consciente de que intentar explicar una ausencia, ya de por sí un propósito bastante criticado en la historiografía, recurriendo a otras ausencias, puede ser considerado un sinsentido). Entre aquellas respuestas que enfatizan el desinterés por crear ese partido, los argumentos apuntan a la idea de que los sectores sociales que podrían haber alentado la formación de un partido liberal-conservador no lo hicieron porque no lo deseaban o no lo necesitaban. Según se argumenta, la derecha habría actuado por interpósita persona, es decir, que no actúa por sí misma sino por un tercero que cumple las funciones que debería tener en un sistema de partidos "como la gente". En ese sentido, el desinterés por crear un partido de derechas provendría de que los intereses que un partido de derecha relevante podría satisfacer, en realidad fueron mejor y más sistemáticamente atendidos por otros actores superficial o formalmente no derechistas:

- 1) En términos de combinación de apoyo masivo y de reformas preventivas, el peronismo sería el gran partido de derecha popular de la Argentina. Dado su compromiso con la práctica electoral, su capacidad para incorporar votantes, su intenso vínculo con la Iglesia Católica entre 1946 y 1954, el peronismo cumpliría las funciones políticas asignadas tradicionalmente a un partido conservador de masas. Contra esa postura hay demasiados argumentos: en primer lugar, que el propio peronismo se presentaba como contrario a la izquierda comunista, pero también como anti-conservador. Su promoción nacional e internacional de la "tercera posición" lo alejaba del imaginario derechista, mucho más cercano a la postura de Washington en el contexto de la guerra fría. El plebeyismo del peronismo, el rechazo empresarial, su radicalización ideológica durante el exilio de Perón, su enfrentamiento con la Iglesia Católica en 1955, hacen que su consideración como "partido de derecha" sea bastante más problemática que útil;
- 2) El hecho de que las Fuerzas Armadas hayan actuado como guardia pretoriana de la clase dominante hacía al juego democrático superfluo, costoso, innecesario y menos previsible. De hecho, un rasgo llamativo de las Fuerzas Armadas argentinas en la primera mitad del siglo XX es la debilidad de sus tradiciones reformistas, comparándolas con lo que sabemos de sus pares chilenos y brasileños. Las intervenciones políticas y armadas de

los *tenentes* en Brasil y de los jóvenes oficiales chilenos en las décadas de 1920 y 1930 dan cuenta del carácter más homogéneamente conservador, y a veces integrista, de los institutos armados rioplatenses. En el caso del Ejército argentino, interpelado de manera comparativa a partir de las referencias brasileñas y chilenas, se evidencia la debilidad de una corriente de reforma social, o en todo caso, su escasa vinculación con el pensamiento democrático. Erigido como guardián de la restauración más que modernizador, hacia allí se dirigen con razón algunos de quienes pretenden encontrar las causas de las enormes diferencias entre las últimas dictaduras argentina y brasileña. Una crítica a esta argumentación podría señalar que aquello que aparece como causa bien puede ser considerado también su efecto: es decir, quizás el recurso a las Fuerzas Armadas, a la represión y al estado de excepción bien podría ser tomado como la fatal consecuencia de no contar con un partido de derecha que pudiera alcanzar el gobierno a través de medios electorales. En todo caso, más que resolver el enigma lo que se consigue es desplazarlo hacia la pregunta por las causas de la debilidad del reformismo en las FFAA argentinas;

- 3) Una tercera argumentación centrada en el desinterés como explicación es aquella que sostiene que los actores que podrían haber formado un partido de derecha no lo hicieron porque se mostraban ideológicamente en contra de la democracia liberal. Así, el fuerte peso, no ya del catolicismo sino de su versión integrista y antiliberal, que habría alimentado el repudio a la constitución de un partido político. El carácter específico que tuvo el catolicismo de la Iglesia en Argentina (muy romano, antiliberal, ultramontano, anti-pluralista, confiado en la existencia de esencia argentina caracterizada por su catolicismo y origen hispano) habría incidido en el rechazo a la democracia y al juego electoral como desvíos “modernos”. En ese sentido, la fuerte desvinculación de la Iglesia católica con la práctica política cotidiana contrasta con el decidido apoyo de la Iglesia chilena al Partido Conservador entre mediados del siglo XIX y el Concilio Vaticano II. Al igual que en el argumento sobre las FFAA, cabe señalar las mismas críticas en torno a qué es causa y qué es efecto. ¿Por qué es más arraigadamente conservadora e incluso reaccionaria la Iglesia en Argentina con respecto a Chile?, ¿Por qué en Brasil la Liga Electoral Católica funciona dando su apoyo a distintos partidos según la catolicidad de su plataforma electoral, pero en Argentina el Episcopado en general no avalaba candidaturas –salvo la de Perón en 1946– sino que condenaba la “partidocracia”? ¿Por qué la Iglesia argentina parece haber optado por tener católicos en todos los partidos en lugar de tener *un* partido católico, como fue el caso del conservadurismo chileno?, ¿la debilidad de los partidos liberales en Argentina es la consecuencia del ultramontanismo eclesiástico o al revés?

Otro conjunto de análisis deja de lado el problema de la voluntad de constituir un partido de derecha y se concentra en la cuestión de la incapacidad de crear este tipo de actor político. Así, las explicaciones apuntan a mostrar que no existió un importante partido liberal en la Argentina contemporánea porque quienes podrían haberlo hecho, no supieron ni pudieron hacerlo.

- 1) Por un lado están los argumentos inspirados en la economía política y el estudio en clave estructural de los vínculos entre la política y el modelo de acumulación en Argentina. Esos trabajos han intentado mostrar que en el país había intereses económicos muy complejos, enfrentados y fragmentados desde inicios del siglo XX que por su carácter irreductiblemente particular y faccioso, no podían ser recogidos en un único partido. La propia incapacidad de las fracciones burguesas para consensuar un modelo de acumulación y un régimen político que satisficiera sus intereses las llevó a confiar en actores externos (principalmente las FFAA) para que le fijaran una orientación y resolvieran el “empate hegemónico”. Según una tesis ya clásica, hay un empate hegemónico entre sectores sociales poderosos, que no pueden acordar puntos mínimos o procedimientos pacíficos para la resolución de conflictos, pero tampoco vencer a sus opositores (Portantiero, 1973). Entre las críticas que se pueden formular a estas interpretaciones cabe señalar el normativismo implícito en ellas, dado que la existencia de un partido de derecha que agrupe a los principales intereses burgueses aparece como una forma normal y deseable de vida política, más que como una posibilidad o un resultado histórico, circunstancial y dinámico.
- 2) Otras explicaciones sobre el particular ponen menos el acento en la economía política argentina que en las dificultades políticas para crear un partido liberal que alentara y generara alguna forma de hegemonía. En ese sentido, los pequeños partidos de derecha no fueron capaces de procesar de manera exitosa el desafío de la democratización como sí lo hicieron otros partidos como el radicalismo primero (1916-1930) y el peronismo después (1946-1976). Frente al predominio radical y luego el peronista los hombres de la derecha no consiguieron construir posturas que fueran tentadoras o interesantes para amplios sectores de la población. En esa tarea fallaron primero los conservadores y el Partido Demócrata Progresista (Béjar, 2005; Malamud, 1995) y después lo hicieron los liberales y católicos embarcados en el antiperonismo.

Waldo Ansaldi ha propuesto que no es sólo la derecha la que ha tenido problemas para vincularse con la democracia en Argentina, sino que ha sido el propio sistema de partidos el que

ha sufrido de conflictos en su relación con la democracia. Así, el sistema político argentino es caracterizado como un “entramado de mediaciones entre la sociedad civil y el Estado dominado por la bifacialidad o por un doble canal: la mediación partidaria y la mediación corporativa”, esta última predominante (Ansaldi, 1994). Las clases y fracciones sociales buscaron y desarrollaron formas de representar y defender sus intereses por fuera de los partidos, los cuales permanecieron escuálidos, se disgregaron o fracturaron, dejando de representar orgánicamente a las clases sociales. De allí que la representación de los intereses sociales se canalizaba a través de las “mediaciones corporativas” y que se hacía “desempeñar al Estado las funciones de partido político” (Ansaldi, 1993:61). Ello habría dado como resultado una menor valoración social de la democracia y debilidad de los gobiernos electos.

Dejando de lado la cuestión de la validez de la caracterización de la vida política argentina del siglo XX bajo este prisma pesimista, lo que tenemos es otro desplazamiento de la pregunta que orienta este ensayo: ¿por qué predominan los lazos corporativos en lugar de los partidarios?, ¿la debilidad de las identidades partidarias de derecha es la causa o la consecuencia de la fortaleza corporativa?

Hipótesis para volver al problema

Quizás valga la pena apostar por otras explicaciones, menos estructurales, de mediano y corto plazo y sin pretensiones de ser erigidas en claves de los problemas nacionales. Así, entiendo que sería más útil pensar en períodos más reducidos y en una perspectiva relacional. Por ejemplo, una primera cuestión a atender sobre la flaqueza de las fuerzas partidarias de derecha en Argentina es si no guarda alguna relación con la flaqueza de las fuerzas partidarias de izquierda en Argentina. No hubo el gran partido liberal-conservador comprometido con la democracia, pero tampoco el Partido Socialista primero ni el comunista después se convirtieron en bastiones electorales relevantes, a diferencia del caso chileno y en menor medida del brasileño. ¿Será que la debilidad de esa izquierda en las urnas, en las calles y entre los uniformados desestimuló la creación y sostenimiento de una maquinaria electoral derechista capaz de enfrentarla exitosamente?, ¿podrá ser verosímil que sin un miedo lo suficientemente creíble, intenso y movilizador –como fue el generado por el primer peronismo entre los empresarios más importantes– no fue posible conseguir elementos de unificación de aquellos que podrían haber formado ese gran partido de derecha? Si uno se deja tentar por las caracterizaciones de las derechas como reacciones defensivas frente a los procesos igualadores de la izquierda (McGee Deutsch, 1999:3), no es descabellado percibir de esta manera el problema.

Por otro lado, habría que mensurar el peso identitario que, entre 1930 y 1983, tuvieron el peronismo y el radicalismo (quizás habría que decir los peronismos y los radicalismos). El vigor de esas identidades y la intensidad de sus enfrentamientos políticos y electorales probablemente es la causa de la debilidad histórica de las terceras fuerzas. Da la impresión de que la potencia centrípeta de estas dos agrupaciones políticas les quitó espacio y capacidad de maniobra a los actores más explícitamente ideológicos, sea a izquierda y a derecha. La mayor parte de los conflictos político-partidarios se ordenaron en el eje peronismo-antiperonismo o peronismo-radicalismo y no admitían en absoluto una correlación evidente, transparente ni permanente con el eje derecha-izquierda. Los intentos por ubicar al peronismo o al radicalismo como partidos de derecha o de izquierda parecen no sostenerse, salvo para algunos de los propios protagonistas.

Finalmente, hay otro dato que debería quedar incluido en la reflexión, que tiene que ver con la escala del partido político. Ya hemos planteado el interrogante acerca de la ausencia de un partido de derecha electoralmente relevante en el mapa nacional, pero no sabemos cómo combinar ese dato con el que proviene de algunas provincias: así, lo que es posible encontrar es un conjunto de partidos provinciales de derecha de notable y persistente capacidad electoral. Estoy pensando en el caso del Partido Demócrata de Mendoza, los autonomistas y liberales correntinos o el bloquismo en San Juan (algo sobre esto plantea Sergio Morresi en el próximo artículo de este libro). Se trata de partidos que durante décadas accedieron al gobierno provincial o a una parte significativa de las intendencias y las legislaturas, pero que cuando debieron dar un paso en el orden nacional, para tratar de controlar el Poder Ejecutivo Nacional, fracasaron: me refiero a experiencias como la de la "Confederación de las Derechas" de 1928 (partidos conservadores provinciales de once provincias), el Partido Demócrata Nacional de 1931 (partidos conservadores provinciales de Salta, Buenos Aires y Córdoba, entre otros) o la Alianza Popular Federalista que en 1973 obtuvo 14% de los votos en las elecciones presidenciales. Es especialmente significativa la brecha que hubo entre la fuerza histórica del conservadurismo bonaerense y la debilidad nacional del conservadurismo. Parece haber existido una distancia significativa entre el éxito electoral y la intensidad de la identificación generada por estos partidos en sus provincias, por un lado, y la posibilidad de constituir un alineamiento nacional de envergadura. Los partidos provinciales de derecha despliegan un reclamo de reconocimiento identitario ("federal") basado, precisamente, en la impugnación del centralismo. Eso pudo haber dificultado el armado de un único partido nacional de derecha (al igual que en la *Republica Velha*, de 1889 a 1930) porque significaría arriar las banderas provincialistas, electoralmente redituables, para sumarse a unas banderas nacionales más prestigiosas ideológicamente pero con menos chances de llegar al gobierno de manera autónoma.

Estas ideas tienen el carácter, como se expuso, de intentos de pensar y estudiar un tema complejo y con inevitables ribetes ideológicos que interpelan al autor y los lectores. Lo que se ha tratado de expresar es un grupo desordenado de intuiciones y de hipótesis de exploración sobre las derechas en Argentina, que un trabajo de más largo aliento podrá descartar o enriquecer. Los escritos provenientes de los talleres de discusión aspiran, en ese sentido, a mostrar cómo es que se produce el conocimiento en las disciplinas sociales, los entretoros y procesos en (y a través de) los cuales se van constituyendo ideas e imágenes sobre los actores sociales.

¿Cómo citar este artículo?

Ernesto Bohoslavsky, "El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)", en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Ansaldi, Waldo (1993) "¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930", en Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli, y José Villarroel (eds.), *Argentina en la paz entre dos guerras* (Buenos Aires, Biblos).

Ansaldi, Waldo (1994) "La interferencia está en el canal. Mediaciones políticas (partidarias y corporativas) en la construcción de la democracia en Argentina", *Boletín Americanista*, Año XXXIV, N° 44, Barcelona pp. 7-24.

Barros, José D'Assunção (2007) "História comparada. Um novo modo de ver e fazer a história", *Revista de História comparada*, 1-1, Rio de Janeiro.

Béjar, María Dolores (2005) *El régimen fraudulento: la política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*; Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Benevides, Maria Victoria de Mesquita (1981) *A UDN e o udenismo. Ambigüidades do liberalismo brasileiro, 1945-1965*; Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Bohoslavsky, Ernesto (2008) "A oposição política aos regimes populistas", ponencia presentada en Seminário Internacional Identidades políticas na América Latina, Universidade Estadual Paulista, Assis, 26 de noviembre.

Buchrucker, Cristián (1987) *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*; Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Correa Sutil, Sofia (1989) "La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal", *Revista de Ciencia Política*, XI-1, Santiago.

Correa Sutil, Sofia (2005) *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*; Santiago: Editorial Sudamericana.

Devoto, Fernando (2002) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*; Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores.

Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2000) *Historia de la iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*; Buenos Aires, Grijalbo Mondadori.

Galván, María Valeria (2008) "El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural", tesis de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín).

Garay Vera, Cristián y Medina, Cristian (2008) *La política de la tierra. Jaime Larraín García-Moreno, 1896-1975*; Santiago: Centro de Estudios Bicentenario y Universidad Católica de la Santísima Concepción.

Gruzinski, Serge (2004) *Les quatre parties du monde: histoire d'une mondialisation*; Paris: Martinière.

Halperin Donghi, Tulo (1988) "Argentina: Liberalism in a country born liberal", en Love, Joseph y Nils Jacobsen (eds.), *Guiding the Invisible Hand. Economic Liberalism and the State in Latin American History* (New York: Praeger). 99-116.

Kocka, Jürgen (2003) "Comparison and beyond", *History and Theory*, 42-1, 39-44.

- Lewis, Paul (2001) "La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983", en McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales* (Buenos Aires, Javier Vergara Editor).
- Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*; Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- Lvovich, Daniel (2006) *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*; Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Malamud, Carlos (1995) "El partido demócrata progresista: un intento fallido de construir un partido nacional liberal-conservador", *Desarrollo Económico*, 35-138, 289-308.
- McGee Deutsch, Sandra (1999) *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*; Stanford: Stanford University Press.
- Moore Jr., Barrington (1967) *Social origins of dictatorship and democracy: lord and peasant in the making of the modern world*; London: Allen Lane.
- Morresi, Sergio (2008) *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, vol. 6 de la Colección 25 años, 25 libros; Buenos Aires, Biblioteca Nacional y Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Nállim, Jorge (2010) "An Unbroken Loyalty in Turbulent Times: La Prensa and Liberalism in Argentina, 1930-1946", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20-2.
- Padrón, Juan Manuel (2005) "El Movimiento Nacionalista Tacuara: ¿banda nazi-fascista, grupo neonazi, agrupación de extrema derecha...? Una aproximación a su conceptualización, Argentina (1956-1966)", ponencia presentada en X° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario.
- Padrón, Juan Manuel (2007) "Trabajadores, sindicatos y extrema derecha. El Movimiento Nacionalista Tacuara frente al movimiento obrero, Argentina (1955-1966)", ponencia presentada en XI° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Tucumán.
- Piñeiro, Elena (1997) *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*; Buenos Aires, A-Z Editora.
- Portantiero, Juan Carlos (1973) "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en Braun, Oscar (ed.), *El capitalismo argentino en crisis*. (Buenos Aires, Siglo Veintiuno).
- Prado, Maria Ligia Coelho (2005) "Repensando a história comparada da América latina", *Revista de História*, 153, 11-33.
- Saborido, Jorge (2004) "El antisemitismo en la historia argentina reciente: la revista Cabildo y la conspiración judía", *Revista Complutense de Historia de América*, 30, 209-223.
- Senkman, Leonardo (2001) "La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976", en McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales* (Buenos Aires, Javier Vergara Editor). 275-320.
- Senkman, Leonardo (ed.), (1989) *El antisemitismo en la Argentina* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina) 476 p.
- Sidicaro, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*; Buenos Aires, Sudamericana.
- Spektorowski, Alberto (2003) *The origins of Argentina's revolution of the right*; Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Tato, María Inés (2004) *Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*; Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Theml, Neyde y Bustamante, Regina Maria da Cunha (2007) "História comparada: olhares plurais", *Revista de História Comparada*, 1-1, Rio de Janeiro.
- Tilly, Charles (1984) *Big structures, large processes, huge comparisons*; New York: Russell Sage Foundation.
- Tilly, Charles (1990) *Coercion, capital, and European states, AD 990-1990*; Cambridge: B. Blackwell.
- Tilly, Charles (1993) *European revolutions, 1492-1992*; Oxford, y Cambridge: Blackwell.
- Tilly, Charles (2003) *Contention and democracy in Europe, 1650-2000*; New York: Cambridge University Press.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995a) *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)*; Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995b) *Nacionalismo e ibañismo*; Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.

Walter, Richard (2001) "La derecha y los peronistas, 1943-1955", en McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales* (Buenos Aires, Javier Vergara Editor).

Zanca, José A. (2006) *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*; Buenos Aires, Universidad de San Andrés; Fondo de Cultura Económica.